

Mario Benso
Fotografía: Jean François Laberine

Ralph Moore es un tipo tranquilo. Se diría que su ascendencia británica, lejos de convertirse en un mero referente anecdótico, actúa sobre su personalidad moldeando un carácter dotado de esa flemma tan típica en

ralph moore

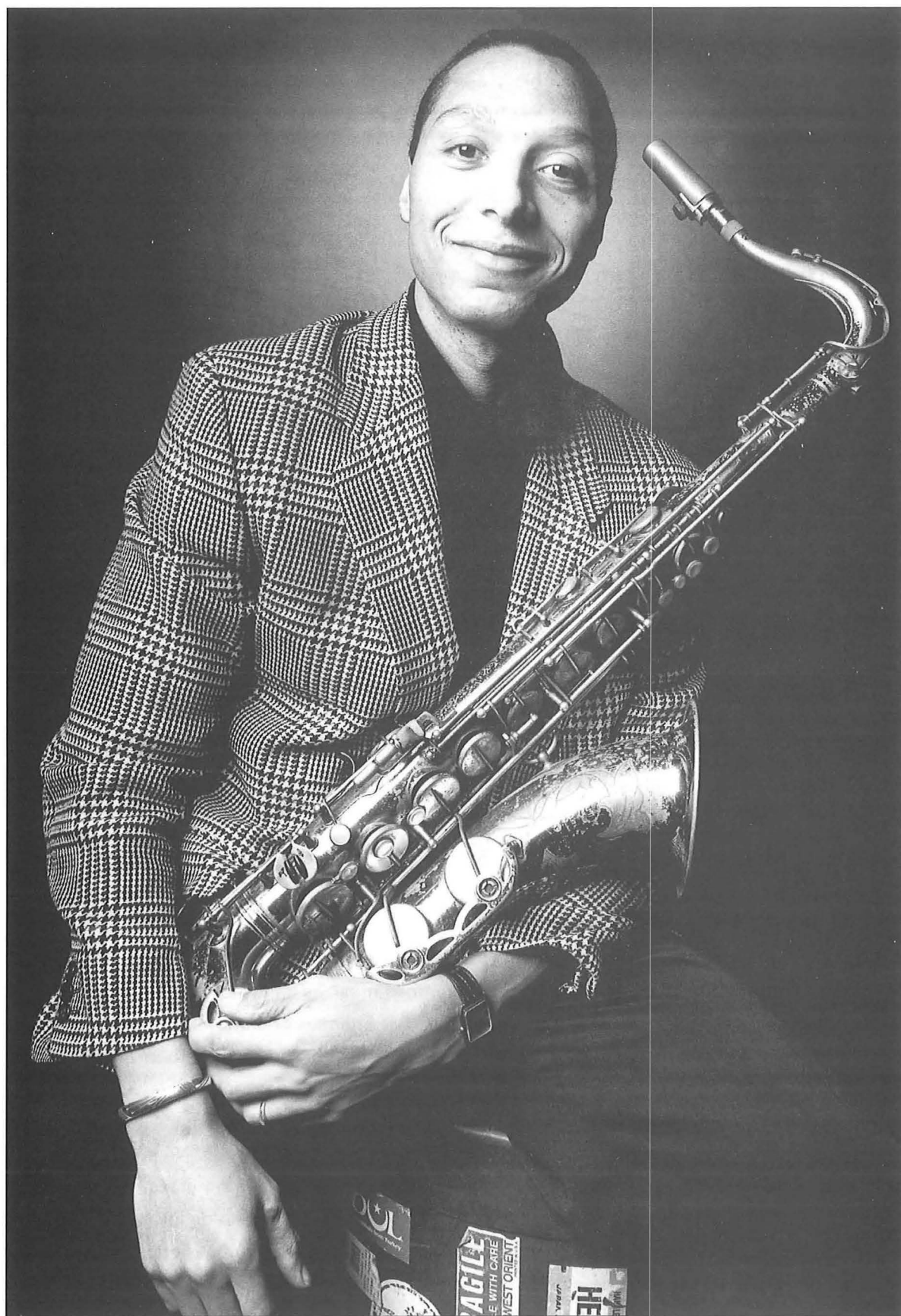
los súbditos de Isabel II; aunque, como en su caso, la larga permanencia en Estados Uni-

dos le haya hecho desvincularse más bien de sus orígenes: "Dejé Inglaterra porque no existía realmente algo que se pueda considerar escena del jazz". Cuando le comento lo que para mí ha constituido un auténtico boom de excelentes improvisadores jóvenes en las Islas en los últimos años sonríe con el escepticismo habitual entre los poco dados a aceptar fácilmente cualquier cosa: "¿Realmente lo crees así? Yo diría que no es exactamente eso. Hay buenos músicos, pero de ahí a un boom... yo creo que eso son inventos de la prensa, cosas así". En todo caso, nombres como los de Courtney Pine, Andy Sheppard, Jason Rebello o Ian Ballamy, por citar sólo unos pocos, parecen confirmar que el Reino Unido no es un desierto en cuanto a jazz se refiere. Claro que superclases como Moore no se encuentran por las esquinas.

Músico en activo desde los trece años (su madre y su tío eran bailarines de tap), Ralph comenzó a estudiar trompeta antes de quedar fascinado por el saxofón, que se convirtió enseguida en su instrumento definitivo. A los 15 se marchó con su padre a California, donde permaneció durante tres años y tocó en la banda de su escuela hasta que ingresó en la Berklee, coincidiendo allí entre otros con Branford Marsalis y Kevin Eubanks. Este último le sugirió instalarse en Nueva York, cosa que finalmente hizo en 1980. Siguió un período lleno de referencias comunes con otros músicos que han llegado a la Gran Manzana con lo puesto y muchas ganas de tocar, trabajos eventuales (en su caso en una panadería), jam sessions nocturnas en cualquier club, horas pasadas tocando en la calle... Un día el batería Harold White dio su número de teléfono a Horace Silver, y desde entonces Moore no ha dejado de figurar entre la élite más solicitada de los tenores jóvenes: Roy Haynes (un músico de notable influencia en su maduración como músico), la Mingus Dynasty, Dizzy Gillespie, J. J. Johnson o Bobby Hutcherson atestiguan con su interés que la carrera del saxofonista había entrado en una definitiva cuesta arriba.

Además de tranquilo, Ralph Moore es un hombre inteligente. Aunque ya no es ningún chaval (los cuarenta no están muy lejos), sorprende descubrir en él una madurez y *savoir faire* más propio de músicos veteranos y experimentados. Su conocimiento de la profesión delata a alguien que lo ha visto casi todo y no se deja engañar por nadie: "Yo creo que el gran problema en torno al mundo del jazz, su faceta de negocio, es que músicos y promotores no hacen lo que tú y yo estamos haciendo aquí y ahora: sentarse tranquilamente, hablar y comunicarse". Un punto de vista muy real que confirma no obstante la seguridad de Moore en sus propios planteamientos. Hace un par de años declaraba a *The Wire*: "Bien, sé que no soy el mejor saxofonista del mundo, pero tampoco soy el peor. No tengo por qué intentar ser el número uno, o tratar de alcanzar el nivel de otros, ni preocuparme por el último solo que he hecho. Si a la gente le gusta, perfecto, y si no, al diablo con ellos". Y en general suele gustarles, por lo que esta actitud —que le sirve de liberación y relajamiento ante las presiones del día a día— le causa raros disgustos. Por lo demás, la sonrisa burlona con la que subraya sus afirmaciones (y que de paso confiere a su cara de niño grande un aire encantador) tiende hacia el interlocutor un puente de complicidad tras el que se descubre al tío estupendo. No es Ralph Moore uno de esos jovencitos arrogantes que creen haber descubierto el verdadero jazz para el mundo hace dos días: su experiencia le facilita la labor de discernimiento de lo que le interesa y lo que no, de lo estúpido y lo interesante. Chocamos nuestros vasos, y un montón de cosas quedan dichas entre nosotros.

CUE
FOR
SAXOPHONE
I



Con una sólida carrera discográfica con el sello Criss Cross (especializado en nuevos talentos del último hard bop) y con colaboraciones destacadas en este campo, Moore lleva un par de años intentando consolidar un grupo propio estable con quien dar a conocer sus personales inquietudes musicales. Por él ha pasado gente como Benny Green, Peter Washington, Tom Harrell, Renee Rosnes, Steve Nelson, Bryan Lynch o Billy Drummond. Empresa nada fácil, sobre todo por los múltiples compromisos de sus colegas y por el hecho de que “no se trata de crear uno de esos grupos ocasionales que se desvanecen al final de una gira, sino de construir una banda de verdad, que trabaje un sonido propio y aporte algo personal”. No dudo que Ralph acabará consiguiéndolo más tarde o más temprano, y que ese futuro grupo será una de las realidades más atractivas e interesantes del jazz de los 90.

“Bien, sé que no soy el mejor saxofonista del mundo, pero tampoco soy el peor. No tengo por qué intentar ser el número uno, o tratar de alcanzar el nivel de otros, ni preocuparme por el último solo que he hecho. Si a la gente le gusta, perfecto, y si no, al diablo con ellos”.

DISCOGRAFIA REFERENCIAL

Con Bobby Hutcherson
Cruisin' The 'Bird (Landmark)

Con J. J. Johnson
Live At The Village Vanguard (EmArcy)

Con Brian Lynch
Peer Pressure (Criss Cross)

Con Kenny Barron
Invitation (Criss Cross)
Other Places (Verve)

Con Valery Ponomarev
Trip To Moscow (Reservoir Music)

Con Ray Brown
Moore Makes 4 (Concord Jazz)

Como líder
623 C Street (Criss Cross)
Rejuvenate (Criss Cross)
Round Trip (Reservoir Music)
Images (Landmark)
Further More (Landmark)

“Quiero presentarles al saxo tenor que a mí más me gusta de los que hoy están tocando: Ralph Moore”. Así le presentaba Tete Montoliu durante la gira que unió a ambos en varios clubes y escenarios del país. En una de esas noches fui testigo de un excitante desafío entre ambos músicos en torno a las composiciones de Monk que, además de constituir uno de los momentos musicales más intensos que uno recuerda en bastante tiempo, sirvió para hacer ver no pocos de los puntos fuertes del saxofonista: la seguridad impecable de su fraseo, que le permite afrontar cualquier reto, por peliagudo que sea, sin perder el tipo, su indudable virtuosismo y la pureza de su tono, para el que no pocas veces se ha utilizado la palabra ternura (algo muy cierto pero que no debe llevar a engaño: Moore puede tocar muy fuerte, y en cualquiera de los registros). “No sé qué verá Tete en mí para decir esas cosas. Le estoy muy agradecido, sobre todo porque él es un gran maestro”. Modestia sincera que sin embargo no sirve para cuestionar algo indudable: Ralph Moore es ya uno de los grandes del saxo tenor actual, y tiene poco que envidiarle a nadie. En todo caso, no es eso algo que le obsesione: lo suyo es tocar cada noche y seguir su camino sin preocuparse de lo que otros digan o dejen de decir. La verdad de la música está, como siempre, en las voces y la mirada de quienes la interpretan con el corazón, y él es uno de ellos. ■